

Por ISABEL ROMERA

## Sexismo y Educación

A pesar, que los cambios legislativos hayan modificado algunos aspectos, haciéndolos menos evidentes, las discriminaciones sexistas siguen estando profundamente arraigadas en nuestra cultura y su eliminación, no es fácil porque conlleva un cambio social, con sus correspondientes tensiones.

Las capacidades y actitudes atribuidas a hombres y mujeres, varían tanto de una sociedad a otra, como de una época a otra, ello significa que estas capacidades, no vienen determinadas por la biología, sino que su determinación es social. No está demostrado que las características biológicas impliquen capacidades, actitudes o aptitudes diferentes entre los individuos.

La sociedad elabora según sus necesidades un conjunto de normas –imitables según sus exigencias– que son impuestas a los individuos desde que nacen y que son interiorizadas por estos, de tal forma que, no sólo no son asumidas como imposiciones, sino, como características de la personalidad de cada uno.

En las sociedades como la nuestra –predominantemente patriarcal– está bien claro como

se han venido marcando las pautas que determinan las posiciones de las personas, al margen de sus capacidades específicas.

Esta situación de desigualdad social entre hombres y mujeres que ha relegado siempre a un segundo lugar los valores femeninos, ha generado prácticas discriminatorias en el campo de las relaciones sociales.

Paliar estas desigualdades, sería la principal labor de la educación, pero la escuela mixta, no ha conseguido igualdad, en la educación de hombres y mujeres, y aunque niños y niñas se eduquen en los mismos centros, las pautas educativas responden todavía a las necesidades culturales que dominan en la actividad pública, partiendo del modelo y los valores tradicionalmente atribuidos a los hombres, permitiendo que las niñas accedan a ellos.

Para hacer de la enseñanza una labor auténticamente coeducativa, habría que partir, no sólo de la igualdad de los individuos –igualdad que contempla las evidentes diferencias biológicas y su papel en la reproducción humana– sino de la integración y complementariedad de

los modelos masculino y femenino, lo que supone introducir en el aula un conjunto de saberes y valores que pocas veces se han tenido en cuenta, convirtiéndolos en conductas disponibles tanto para los niños como para las niñas, valores que tienen en cuenta tanto la fuerza como la sensibilidad, la lealtad como la solidaridad, la iniciativa como la comprensión, la independencia como la intuición, la sinceridad como la tolerancia, etc.

Cualquier intento de pretender reducir el tipo de desigualdad, tropieza con la resistencia que opone nuestra propia sociedad. Nuestros alumnos llegan a la escuela con una socialización obtenida, a través de la familia en la que permanecen muchos elementos sexistas, por lo tanto aunque el sistema educativo no suponga un cambio radical en las formas sociales para hacerlas más justas e igualitarias, supone un gran paso hacia una educación que no pretende crear un modelo único de personalidad, sino ampliar las posibilidades de niños y niñas abriéndoles caminos que tanto a unos como a otras se les han venido negando por razones de su diferenciación sexual.